

Olvidados del neozapatismo: los zoques chiapanecos*

Miguel Lisbona Guillén

Introducción

CONTADAS SON LAS OCASIONES EN QUE LOS HABLANTES DEL IDIOMA ZOQUE han sido tomados en cuenta como parte de las transformaciones sociales y de los conflictos generados por éstas en la historia de Chiapas. Ejemplo de lo anterior son las escasas referencias a las quejas y los motines coloniales ocurridos en su territorio, aspecto que contrasta con el aliento secular otorgado, en estos mismos temas, a las poblaciones mayances, siempre presentes como protagonistas o como receptoras de los agravios foráneos.

De igual manera, el parteaguas contemporáneo en la organización social y política de los indígenas chiapanecos, a saber, el Congreso Indígena de 1974, que estuvo auspiciado en buena medida por la Diócesis de San Cristóbal de Las Casas, marginó a los zoques, sin que hasta la actualidad haya existido algún investigador curioso que se pregunte por esta ausencia. Salvo la respuesta obvia de que la institución eclesiástica fue el factor determinante para identificar a los grupos humanos étnicamente definidos, y que dicha identificación estuvo dada por su zona de control institucional, sólo existen otras dos posibilidades: la autoexclusión de los propios zoques y, aquella que, pese a su reiteración, no deja de sorprender, puesto que se enlaza con la ya clásica aseveración de que el “carácter del indígena zoque es pacífico, comunicativo y hospitalario, sobre todo con el mestizo y el blanco” (De la Cerda, 1940:73). En ambos casos, la deducción lógica del neófito es la cada vez

* Para la elaboración de este trabajo, especialmente en las referencias estadísticas, agradezco a Gabriel Ascencio, Ramiro Córdova, Victoria Jiménez, Federico Morales y Juan Pedro Viqueira su ayuda y consejo.

menor presencia de lo indígena en el territorio que antiguamente ocuparon los zoques, hecho que propicia esa especie de desaparición de los hablantes de dicho idioma del panorama indígena estatal y que también justifica su olvido por aquéllos dedicados a contar, establecer características o supuestamente defender a los indígenas. Olvido justificado, desde esta perspectiva, por su insuficiente indianidad, por su cada vez mayor cercanía con los no indígenas de Chiapas.

Si como ejemplo de la anterior aseveración se regresa al Congreso Indígena, no se cuenta —repito— con ninguna explicación lógica que impidiera su participación en tal evento; sin embargo, de nuevo el peso de la población mayance estatal y la lejanía de los zoques con respecto a las organizaciones sociales y políticas que se gestaban regionalmente es una explicación posible, mas no certera, de esta ausencia de la escena política pública. En lo personal, me inclino a pensar que la mencionada y supuestamente insuficiente indianidad, idea reiterada en la plaza pública, aunque poco argüida como justificación institucionalizada, ha resultado fundamental para explicar este olvido ya secular.

De lo ya expuesto se deduce que algo similar podría decirse sobre lo ocurrido con el levantamiento neozapatista de 1994, puesto que la zona de influencia militar y política de los alzados en armas, así como sus reivindicaciones, aunque tuvieran un carácter general, no trascendieron en Chiapas a los pueblos no mayances. No encuentro otras explicaciones que las ya señaladas. Tal vez, y de manera anecdótica, se podría recurrir a la historia para corroborar que los zoques fueron refractarios a los llamados de los zapatistas quienes, encabezados por Rafael Cal y Mayor, recorrieron sus tierras durante el periodo revolucionario, lo que provocó un fuerte descontento entre los habitantes de estos pueblos, y no sólo entre los propietarios de tierras, como se puede constatar en los archivos históricos locales. Estos ejemplos, poco precisos pero evidentes, reflejan la forma en que las ciencias sociales han observado a los hablantes del idioma zoque; aunque sería más preciso afirmar que, dadas las escasas aportaciones realizadas a su conocimiento durante los últimos años, no los han contemplado dentro de sus intereses de investigación.¹

Con certeza, este texto no logrará discernir en su totalidad las interrogantes sobre el olvido de los zoques en la realidad social y política chiapaneca contemporánea; sin embargo, a través del análisis de algunos aspectos de ésta se pretende observar ciertas transformaciones o cambios producidos du-

¹ Véase como excepción los trabajos de Aramoni (1992), Villasana (2002), Reyes (2002), Rivera (1993) y Lisbona Guillén (2000; 2004).

rante el último decenio —algunos originados en décadas pasadas y otros surgidos por la dinámica local que se estableció a raíz del levantamiento armado de 1994—. Para ello he dividido el texto en cuatro apartados. Comenzando por el segundo apartado, en éste se analiza la dinámica de la población, su crecimiento, distribución idiomática y características religiosas; el tercero se ocupa de los cambios en las preferencias electorales de los hablantes de zoque; mientras que el cuarto se aboca al análisis de las transformaciones en la estructura agraria y al papel de las organizaciones campesinas. He decidido comentar al final sobre el primer apartado porque, aun cuando la división territorial puede parecer nítida para un lector que desconozca la geografía chiapaneca y las características de los zoques, este acercamiento se vuelve complejo cuando la regionalización tiene líneas de continuidad histórica sólo en ciertos municipios. Muchas localidades donde en el pasado colonial había una mayoría de población hablante de zoque, actualmente no la tienen; al mismo tiempo, lugares donde no había, hoy cuentan con hablantes de zoque, los cuales en muchos casos superan en número a los que se encuentran en municipios históricos. Esto implica que un primer paso para conocer la problemática analizada es discernir cómo y por qué he decidido hablar de algunos municipios y prescindir de otros. Saber, en definitiva, cuáles han sido los criterios tomados en cuenta para la selección.

Una regionalización problemática: de los zoques históricos a los zoques contemporáneos

En trabajos previos diversos autores han utilizado, más que discutido, las regionalizaciones existentes, que se basan sobre todo en el idioma y que ya son consideradas clásicas cuando de zoques se trata.² Además de las aportaciones sobre esta distribución idiomática —realizadas por el Instituto Lingüístico de Verano (ILV), Kaufman (1964), Thomas (1970; 1971; 1974a; 1974b) y Wichmann (1995)³—, se cuenta con la división efectuada por Villa Rojas y coautores (Villa Rojas *et al.*, 1990 [1975]), quienes presentaron las tres regiones históricas de los zoques más señaladas por los investigadores que se han acercado a este grupo humano. Se trata de regiones donde resalta el origen prehispánico y colonial de su distribución geográfica, y que recuerdan

² Véase Lisbona Guillén (2004) para conocer con mayor detalle las referencias bibliográficas y el origen de las distribuciones regionales.

³ Véase también Lisbona Guillén (2004) para conocer las diferencias que el mismo Norman. D. Thomas efectuó en sus diversos trabajos.

dicho pasado por sus características sociales y económicas.⁴ El mencionado etnógrafo yucateco y coautores, apoyados en referencias de los cronistas, atribuyen a estas regiones singularidades propias que definieron su evolución histórica hasta llegar a nuestros días.

Como contrapunto a la manida división de Villa Rojas *et al.* (1990) [1975], Juan Pedro Viqueira (1995a; 1995b) anunció en dos artículos lo que posteriormente sería un trabajo histórico de gran solvencia sobre los primeros dos siglos del periodo colonial en el actual estado de Chiapas. En el primer artículo discute los problemas existentes para efectuar una regionalización acorde con la realidad social actual e histórica del territorio chiapaneco, y lanza su propuesta (Viqueira, 1995a:280).⁵ Amplía este asunto en el segundo artículo, al comparar diversas regionalizaciones con la suya (Viqueira, 1995b:19-40).

Pero como ya se indicó, el trabajo más extenso y elaborado se encuentra en la tesis doctoral de Viqueira (1997), en cuyas páginas el autor disecciona los espacios sociales del Chiapas colonial y ubica a sus habitantes en distintos paisajes a los que denomina “grandes regiones”, para posteriormente dividir éstas en “articulaciones”. Así, los zoques quedan comprendidos en tres de estas cinco regiones. Se observa por partes:

- 1) La Depresión Central y la Vertiente Sur del Macizo Central
 - *Los valles de Jiquipilas*
- 2) Las Montañas Zoques
 - *La sierra de Tecpatán* (Tecpatán, Copainalá, Chicoasén, Osumacinta y Quechula —antes de su desaparición—).
 - *La sierra de Tapalapa* (Tapalapa, Tapilula, Ixhuatán, Pantepec, Ocotepec, Coapilla y Rayón —antiguo Comistahuacán—).
 - *Los valles de Jitotol* (Jitotol, Comeapa —desaparecido— y [Pueblo Nuevo] Solistahuacán).
 - *Las estribaciones de Chapultenango* (Chapultenango, Solosuchiapa, Ixtacomitán, Ostuacán, Ixtapangajoya, Magdalena —Francisco León—. Además varios pueblos desaparecidos y un Pueblo Nuevo —Pichucalco—).

⁴ A) Vertiente del Golfo de México (Ostuacán, Sunuapa, Ixtacomitán, Pichucalco, Solosuchiapa, Ixtapangajoya, Nicapa y Chapultenango); B) Sierra de Pantepec (Francisco León, Tapalapa, Pantepec, Ocotepec, Coapilla, Tapilula, Rayón); C) Depresión Central Chiapaneca (Copainalá, Tecpatán, Quechula, Ocozocoautla, Cintalapa, Jiquipilas y Tuxtla [Gutiérrez]).

⁵ En su artículo, Viqueira (1995a) presenta mapas para secundar su propuesta, así como un breve análisis de las regiones. Igualmente, muestra diversas regionalizaciones ya existentes en otro artículo (Viqueira, 1995b).

3) Estribaciones y Llanuras de Tabasco

- *La sierra de Tapijulapa* (Amatán, además de los pueblos que pertenecen a Tabasco).

El conocimiento exhaustivo de las fuentes hace de su tesis doctoral un punto de referencia obligado, a partir de ahora, para comprender las transformaciones históricas, y en cierta manera aventurar acercamientos a la realidad actual. Este aspecto ocupará los siguientes párrafos puesto que, como se puede observar en las distintas regionalizaciones, existen dos criterios básicos. El primero es el uso del idioma, el zoque, como factor que determina la clasificación, mientras que el segundo resulta de una suma en la que el idioma es un factor más junto al geográfico, histórico y económico.

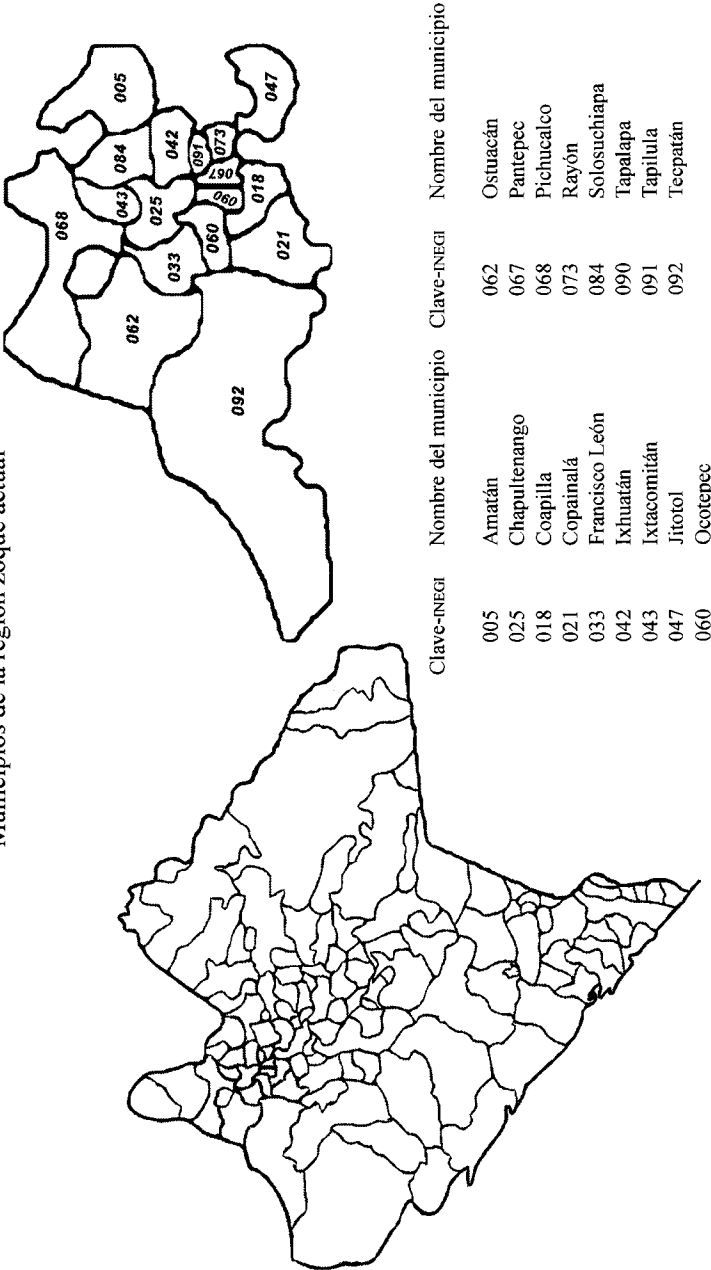
Resulta difícil justificar que a partir de alguna de estas dos posibilidades se defina el territorio de estudio. Así que el criterio utilizado se apoyará en parámetros históricos, vinculados a las regionalizaciones utilizadas o establecidas por Villa Rojas y coautores, y Viqueira. Esto como una forma de apreciar posibles continuidades y transformaciones, a la vez que el uso del idioma tendrá un criterio seleccionador de ciertos pueblos prehispánicos zoques y de otros de conformación colonial, aunque éste no sea el único criterio a tomar en cuenta, puesto que es fundamental una cierta coherencia geográfica que posibilite una dinámica de intercambios sociales entre los habitantes de los pueblos zoques (véase el Mapa 1). De lo anterior se deduce que tal vez no aparezcan dentro de las informaciones primordiales de este texto todos los municipios que se consideran o han sido considerados zoques, aunque sí tendrán algún tipo de mención en informaciones colaterales o en ciertas comparaciones con el uso del idioma (véanse los Mapas 2 y 3).

¿Cómo justificar, además de por lo expuesto en el párrafo anterior, esta selección de municipios para considerarlos o no zoques? Me remito para ello a dos análisis previos realizados sobre los zoques. El primero, por su aliento histórico, es la tesis doctoral de Viqueira (1997:235), en la que asienta que dentro de la diversidad de paisajes del territorio zoque “no parecen haber estado especialmente integrados los unos con los otros antes de la conquista española”; opinión que reafirma desde otra perspectiva cuando señala que a “la llegada de los españoles, las Montañas Zoques tampoco formaban una unidad política, por el contrario sus habitantes pertenecían a varios ‘cacicazgos’ rivales” (Viqueira, 1997:235).

Respecto a los zoques contemporáneos, he advertido en otros trabajos que resulta problemático referirse a ellos como una unidad lingüística y, en los mismos términos, como un grupo étnico organizacional, en el sentido *barthiano* del concepto (Barth, 1976). De ahí que resulte complejo estable-

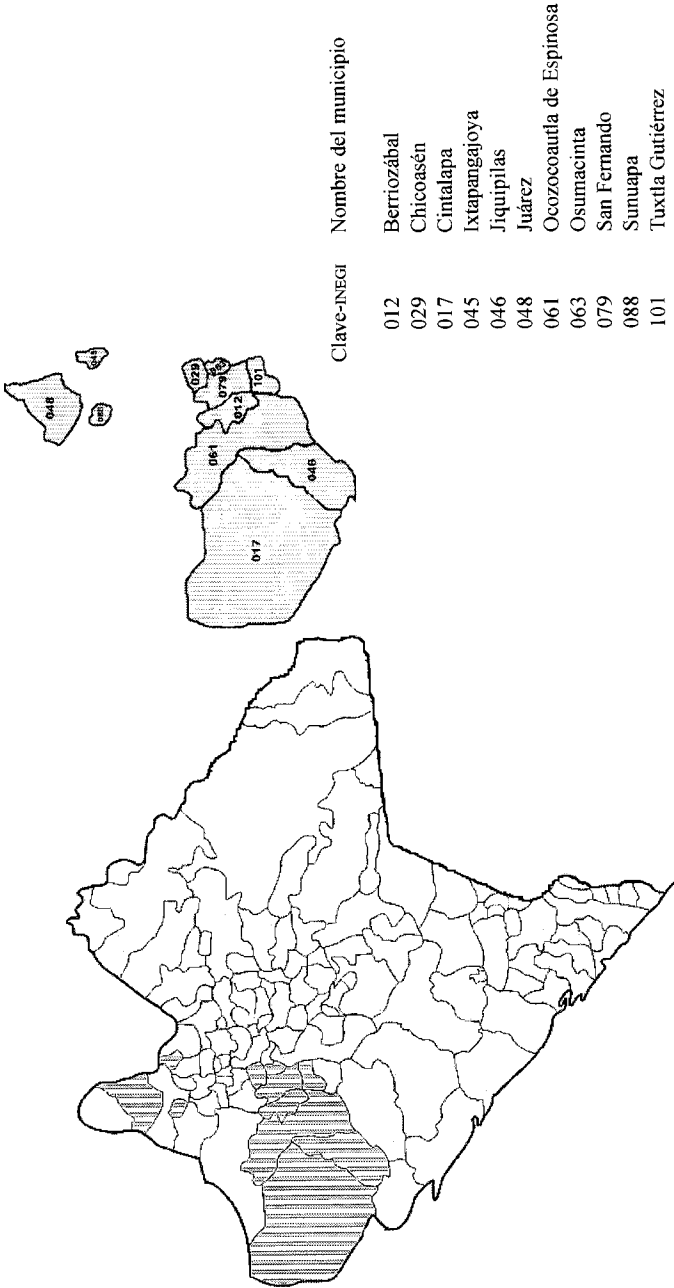
Mapa 1

Municipios de la región zoque actual



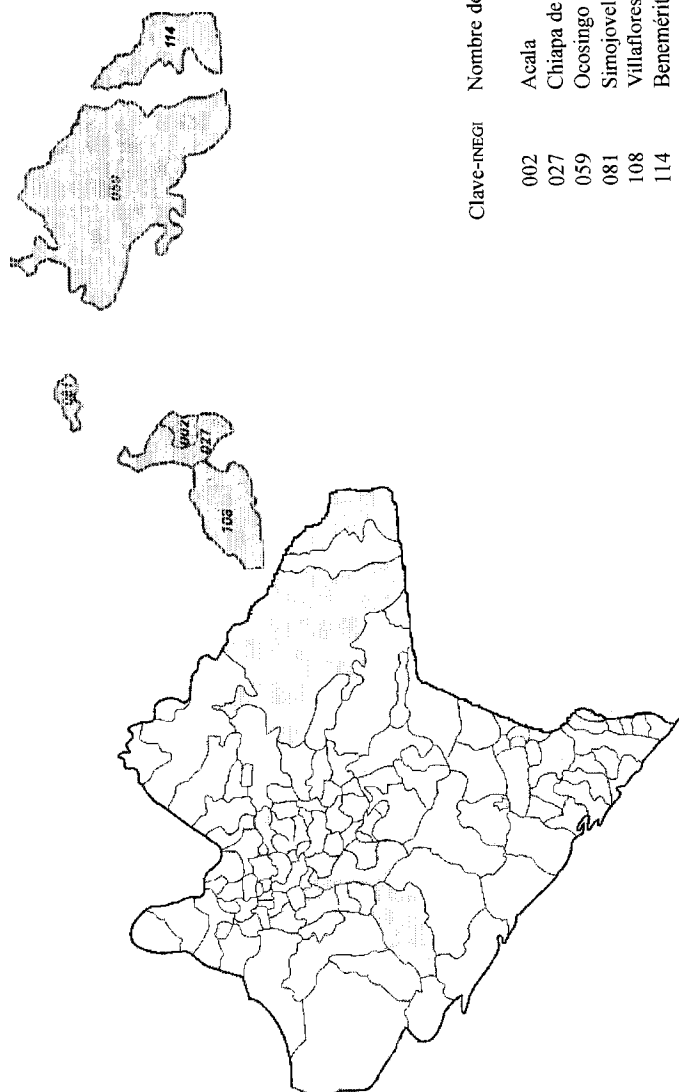
Mapa 2

Municipios en territorio históricamente zoque que no forman parte de la región zoque actual



Mapa 3

Municipios con hablantes de idioma zoque fuera del territorio históricamente zoque



cer algún tipo de región o de territorio caracterizado por lo zoque, si no es a través de criterios idiomáticos o históricos (Lisbona Guillén, 2004). Así, los municipios tomados en cuenta como zoques básicamente son aquéllos ubicados en la Sierra de Pantepec y sus estribaciones, según la división de Villa Rojas y coautores; o en la llamada Sierra de Tapalapa y Estribaciones de Chapultenango, en palabras de Viqueira. Quedarán fuera de la elección los municipios ubicados en la Depresión Central Chiapaneca —salvo Copainalá y Tecpatán, de acuerdo con la división de Villa Rojas y coautores—, así como ciertos pueblos prehispánicos que por circunstancias históricas han decantado su dinámica social hacia el estado de Tabasco, como es el caso de Ixtapangajoya; o que por su poco peso poblacional —véase el ejemplo de Sunuapa—⁶ prácticamente no tienen contacto con la región zoque, además de haber perdido a la mayoría de sus hablantes.⁷

Por lo tanto, y antes de entrar en el contenido de los apartados de este texto, parece lógico establecer que la distribución regional propuesta no contiene novedades notables; por el contrario, intenta compatibilizar los criterios históricos y lingüísticos con los territoriales. De ahí que la Depresión Central, aunque históricamente zoque, se haya considerado poco representativa y de escaso contacto con los hablantes del idioma indígena y, a la vez, Pichucalco sea el municipio que cierra la cuña zoque antes de Tabasco, no tanto por su historicidad zoque —pues ya se sabe que fue un “Pueblo Nuevo”—, sino porque es un centro regional localizado antes de la ciudad de Villahermosa, y recibe a los hablantes de zoque de una de las vertientes de la Sierra de Pantepec —Sierra de Tapalapa y Estribaciones de Chapultenango, para Viqueira—.

¿Municipios zoques con hablantes de tzotzil?

Uno de los aspectos que pese a haber sido discutido mucho no deja de ser fundamental para hablar de la población indígena, es el uso del idioma, el número de hablantes de una determinada lengua que un municipio concentra. Para el presente caso hay varios aspectos que se quieren destacar. Uno de ellos, y que da título al apartado, es una de las conclusiones de éste: la cada vez mayor presencia de hablantes de tzotzil —el idioma mayance con mayor número de

⁶ El censo del año 2000 indicó que Sunuapa contaba con 1 674 habitantes mayores de cinco años.

⁷ En el año 2000, los datos del censo registran 55 hablantes de zoque en Ixtapangajoya y seis hablantes en Sunuapa.

hablantes en Chiapas—en los municipios históricamente zoques, presencia que en alguno de ellos es muy superior a la de hablantes de zoque. Lo que hace varios años era una anécdota que se inscribía en la diáspora tzotzil —aunada a la presencia, desde hace casi un siglo, de los seguidores del levantisco líder Pajarito hacia el comienzo de la Revolución Mexicana, en la conocida localidad de Rincón Chamula (Pueblo Nuevo Solistahuacán)—, se ha convertido en un proceso de envergadura durante la última década. Desde 1990 hasta nuestros días, los municipios de Amatlán, Coapilla, Ixhuatán y Solosuchiapa muestran la superioridad del idioma indígena tzotzil en su territorio, junto a la existencia de este idioma en Jitotol desde hace más lustros. Así, es tal el aumento en el número de hablantes de tzotzil en esas regiones, que prácticamente alcanzan el mismo porcentaje que a nivel estatal.

Mientras que en el año 2000 en Chiapas representaban 36% de los hablantes de idioma indígena, en la región zoque representaban 29.7%. Esta situación contrasta con la vivida por los hablantes del idioma zoque. Por supuesto, la región concentra buena parte de los hablantes de tal idioma; sin embargo, y aquí las cifras son significativas, la presencia de hablantes de zoque se estanca con respecto a la del estado de Chiapas: si para 1990 representaban 4.9% de los hablantes de idioma indígena, una década más tarde el porcentaje sólo creció dos décimas, con lo que su presencia se situó en 5.1%. El aumento en el número de hablantes no impide que el porcentaje se haya estancado de forma notable, aun cuando en los municipios de Chapultenango, Francisco León, Ocotepec, Tapalapa y, en menor medida, Pantepec y Rayón, el idioma todavía tenga una presencia viva tanto censal como etnográfica —si bien cada vez más acotada al ámbito familiar y ritual—.

Una de las características censales de los últimos años es la casi desaparición del idioma zoque en municipios que históricamente estuvieron constituidos por dichos hablantes. Los casos de Berriozábal, Chicoasén, Cintalapa, Ixtapangajoyá, Jiquipilas, Ocozacoautla, Osumacinta, San Fernando, Sunuapa y Tuxtla Gutiérrez aportan elementos a esta afirmación, además de que se vinculan con el párrafo precedente al mostrar que en estos municipios también se substituyó el zoque por el tzotzil. Así como se observa la diáspora tzotzil hacia las antiguas tierras zoques, también hubo una emigración de los zoques tras la erupción del volcán Chichónal en 1982, que ha marcado la expansión del idioma a municipios como Acala, Chiapa de Corzo y Ocosingo (este último en 1990, puesto que los hablantes de zoque se ubicaron, para el año 2000, en el municipio de reciente creación denominado Benemérito de las Américas).⁸

⁸ Durante la administración del gobernador Roberto Albores Guillén se crearon varios municipios, entre ellos el de Benemérito de las Américas, que anteriormente formaba parte del territorio correspondiente al municipio de Ocosingo.

Tanto en el territorio del presente estudio, como en los ejemplos de los municipios históricos sin hablantes, se percibe una constante pérdida porcentual del zoque con respecto a la población hablante de lengua indígena, hecho que no sorprende si se tiene conocimiento empírico de la región; aunque llama a la reflexión sobre el futuro del idioma. Sobre ello, conocer la tasa de crecimiento de la población es significativo para vislumbrar dicho futuro, a la vez que permite establecer comparaciones entre municipios de la región y el estado de Chiapas. La tasa de crecimiento total manifiesta un menor aumento en los municipios estudiados que en Chiapas; sin embargo, existen casos donde tal crecimiento es muy superior, el cual coincide en buena medida con algunos municipios de elevado porcentaje de hablantes del idioma zoque: son los casos de Francisco León y Ocotepec, aunque en Chapultenango y Rayón también se supera la media estatal. La contrapartida se observa en Tapalapa, donde existe un crecimiento muy inferior al del estado de Chiapas. Es decir, hay indicios que apuntan a pensar que el elevado crecimiento de la población en ciertas localidades de la región permitirá que el idioma zoque continúe aumentando en número de hablantes durante algunos años, aunque en porcentaje su presencia estatal disminuya. Ello contrasta, en cierta manera, con la dinámica de los idiomas indígenas hegemónicos en Chiapas por su número y porcentaje, concretamente el tzotzil y el tzeltal, y además reafirma la opinión de que los zoques pierden paulatinamente un marcador identitario, como es el idioma, aunque en muchos casos las mismas voces reclamen que en la lengua no se encuentra, únicamente, la condición de indígena.

De cualquier manera, como breve recapitulación es posible aseverar que la desaparición del idioma indígena zoque es perceptible en todos los municipios históricos. Aunque en alguno de ellos mantiene su hegemonía, en otros la cede al tzotzil como idioma indígena, si bien el castellano sigue siendo la lengua franca. Como ya se advirtió, este proceso no es novedoso y no tiene a los dos últimos como acicate. Por el contrario, en la última década se consolidó sin que hubiera atisbos que indicaran que las convulsiones políticas vividas en Chiapas resultaran determinantes o al menos influyentes.

Si una de las características principales para reconocerse como indígena es el uso del idioma (entre el gremio antropológico y, por derivación, entre medios de comunicación y creadores de opinión) otra característica es la adscripción religiosa. La presencia del catolicismo, ya sea en su vertiente tradicionalista o ligado a la Iglesia católica —si ésta respondía a los cánones liberacionistas (Teología de la Liberación)—, es considerada un elemento primordial para la conservación de la indianidad. Sin que sea este el espacio para realizar una crítica a tales postulados, más obsesionados éstos con la

salvaguarda primordialista de los indígenas que en el conocimiento de sus dinámicas sociales contemporáneas, es oportuno indicar que la región zoque estudiada dependió desde su creación de la diócesis de Tuxtla Gutiérrez, hecho que aleja a este grupo humano de cualquier nexo con las directrices postuladas por Samuel Ruíz García durante sus años de pastoral indígena. En este sentido, los municipios con hablantes de zoque y aquéllos donde ya han desaparecido, viven dos procesos paralelos. El primero es la disputa con los pocos sacerdotes católicos sobre las prácticas rituales, a veces decantadas las actividades hacia el lado de los feligreses, y otras hacia el de la institución eclesiástica representada por los curas. En pocas ocasiones, y ello se constata en cualquier municipio, ha existido una colaboración entre los representantes del clero y los grupos religiosos —donde éstos existen— organizados tradicionalmente (costumbreros). La única colaboración con la Iglesia se ha mantenido, ésta sí de manera fehaciente y viva, a través de la desaparecida Acción Católica y sus grupos, vigentes como manifestaciones locales de una rituahdad andante, similar a las visitas y los intercambios de santos de los grupos tradicionalistas. Esta característica regional, que permite colaboración o confrontación (dependiendo de las ocasiones) entre los costumbreros y los miembros de la Iglesia católica, contrasta con lo acontecido en la zona de influencia neozapatista chiapaneca. En ningún caso la Teología de la Liberación —primero— o la llamada teología india —posteriormente— han tenido injerencia en la diócesis tuxtleca, como puede comprobarse en los trabajos que sobre el tema existen (véase Lisbona Guillén, 2004).

El segundo proceso se refiere a la presencia de credos no católicos en la región, y también esta circunstancia contrasta, de forma notable, con lo ocurrido en otras regiones de Chiapas habitadas por indígenas, aunque no como hecho acotado a la población identificada o autopercebida como tal. Lo cierto es que la característica regional no es la multiplicación de denominaciones religiosas, ya sea por su arribo o por la segmentación que experimentan los credos establecidos, sino la consolidación de una asociación religiosa, la Adventista del Séptimo Día, como la hegemónica en todos los municipios estudiados, con la excepción de Ostucán y Pichucalco, que cuentan con una mayor diversificación de credos y presencia de denominaciones “protestantes y evangélicas”, según la clasificación del censo efectuado en el año 2000. Salvo en estos dos municipios, la presencia del adventismo en la región es abrumadora, lo que significa más de 90% de la oferta no católica regional. La comparación con Chiapas no deja el menor atisbo de duda ante tal hecho: mientras que en la entidad federativa 13.9% de los creyentes pertenece a una denominación protestante o evangélica —donde no se incluye a los adventistas— en la región estudiada sólo representan 3.3%. Por el contrario, el

adventismo, incluido en el rubro censal de 2000, denominado “Bíblicas no evangélicas”, representa en la región 23% de la población de cinco años y más, frente a 8% que representa en el resto de Chiapas. Es decir, se aprecia con nitidez el carácter hegemónico de este credo, muy ligado también a su notable presencia en el vecino estado de Tabasco.

Lo presentado en este apartado no muestra cambios evidentes durante la última década; por el contrario, muestra ciertas regularidades tanto en la dinámica poblacional como en la idiomática y religiosa. Las singularidades de este apartado no son consecuencia de hechos ajenos a la región, sino que se insertan en procesos de largo aliento que parecen tener como epicentro la propia realidad regional y local; son de interés por su contraste con otras regiones con población indígena, pero resulta dudosa su imbricación con fenómenos políticos que han sacudido a Chiapas desde 1994. El siguiente apartado, en contradicción con lo señalado en éste, muestra, ahora sí, un cambio perceptible en la dinámica política, ya sea a través del voto en las diversas elecciones, ya mediante el surgimiento o la consolidación de ciertas agrupaciones políticas y sociales.

Del voto cautivo a la diversificación de opciones⁹

La participación en los procesos electorales y los posibles cambios en las tendencias del voto son parte de la discusión surgida tras el alzamiento armado de 1994; es decir, los desencuentros de los neozapatistas con el sistema electoral por una parte y, por otra, la diversificación de opciones partidistas y, en consecuencia, del voto. No parece que el primer factor haya tenido algún tipo de influencia entre los hablantes de zoque, puesto que en una propuesta de región electoral zoque, compuesta por Ocoatepec, Tapalapa, Chapultenango, Francisco León, Pantepec y Rayón, estos municipios cuentan con niveles de participación porcentualmente muy superiores, en los últimos años, a los del resto de Chiapas (Sonnleitner, 2000:120). Si esto se afirma con respecto al ejercicio del derecho al voto, otra cosa es la dinámica referida a la diversificación partidista, su despliegue en los municipios referidos y el impacto regional causado.

Antes del levantamiento neozapatista los resultados electorales muestran el predominio, prácticamente absoluto, del Partido Revolucionario Institucional (PRI) en los comicios para elegir diputados federales y presiden-

⁹ La información de los resultados electorales procede de las estadísticas del Instituto Federal Electoral y del Instituto Estatal Electoral.

tes municipales. Salvo excepciones situadas en los municipios de Coapilla, Copainalá, Jitotol y Tapalapa, donde se registraba la presencia de alternativas del Partido Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional (PFCRN), Partido Acción Nacional (PAN), y Partido de la Revolución Democrática (PRD), respectivamente, el resto de los votos prácticamente fue canalizado al PRI en las elecciones de 1991 para diputados federales y presidentes municipales. Algo distinto, por supuesto, ocurrió tres años más tarde en las elecciones para diputados federales, después de los hechos acontecidos en enero de 1994. Sin que el PRI perdiera la hegemonía electoral en la región (59.8%), hecho que se observa con nitidez si se lo compara con el porcentaje de Chiapas (46.2%),¹⁰ la diversificación aumentó con respecto a las elecciones previas, al incorporarse otros municipios a los anteriormente citados, concretamente Francisco León y Rayón (PRD). Esta tendencia a la pluralización del voto en la región ofrece diversos datos ya perceptibles en las elecciones de 1994, aunque se presentaron más nítidos en posteriores comicios, como se hizo patente en los efectuados en el año 2003. El primer dato es la constante disminución porcentual del PRI hasta que cruzó la barrera de 50% en las elecciones del año 2003; otro dato es el paulatino incremento de municipios en la búsqueda de alternativas partidistas. Si unos pocos municipios se incorporaron durante las elecciones del año 2000 a los ya mencionados hasta ahora (Chapultenango, Ocotepec y Tapilula), esta circunstancia se generalizó en las elecciones de 2003, en que la excepción fueron los municipios donde el PRI todavía mantenía un porcentaje de votantes por encima de 50% (Ixhuatán, Ostucán y Solosuchiapa). En definitiva, las elecciones para diputados federales muestran de forma constante, al menos hasta llegar a las elecciones del año 2003, que la tendencia regional se encamina a asemejarse a la chiapaneca, donde sorprenden datos como el mayor porcentaje de votantes regionales del PRD (24.7%) con respecto al dato estatal (20.1%) en el año 2003.

En cuanto a las elecciones municipales, ya se ha señalado que con anterioridad a 1994 la hegemonía del PRI era notable en la región, tendencia que no se invierte aunque cada vez se equipara más a los porcentajes electorales estatales. Al igual que en las elecciones a diputados federales se incrementa la diversificación del voto por el aumento de opciones partidistas. De hecho tanto el PAN como el PRD, principales partidos opositores desde su creación, así como alternativas más recientes o efímeras, como el Partido del Trabajo

¹⁰ El descenso porcentual del PRI apreciado en los municipios con mayor número de hablantes de zoque de la región de interés a principios de los noventa no impide que dicho partido se recupere después del levantamiento neozapatista, con mayor nitidez en dichos municipios que en el territorio chiapaneco. Véase Sonnleitner (2000:183-187).

(PT) y el PFCRN, respectivamente, han ofrecido resultados favorables en competencia por los gobiernos municipales.

Un dato que en cierta manera corrobora lo expuesto aparece en las últimas elecciones llevadas a cabo para Presidente de la República (2000). El PRI obtuvo el mayor número de votos regionales —porcentualmente mayor que en el resto de Chiapas—, y sin embargo, tanto el PAN como el PRD obtienen un considerable aumento, visible en aquellos municipios donde ya se habían producido cambios en las tendencias electorales, como son los casos de Chapultenango, Francisco León, Jitotol, Ocotepec, Pichucalco, Rayón y Tapilula.

Lo expuesto indica una tendencia general, no necesariamente coincidente con la dinámica política regional, mucho más compleja etnográficamente que la que se puede extraer de cuadros electorales. Respecto a esta última afirmación sólo haré hincapié en dos aspectos regionales, el primero ya expuesto en otro trabajo (Lisbona Guillén, 2002) y referido a la condición de los partidos políticos y, el segundo, no ajeno al primero, que da cuenta del progresivo crecimiento de la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC), ligada al PRD.

En cuanto al primer aspecto, los diversos procesos de acomodo entre los partidos de la región muestran su pujanza como fuerzas de confrontación política, aunque ello no signifique que sean partidos de orientación racional,¹¹ en términos de Weber (1984:230). Más bien se sitúan en aquéllos conocidos como partidos de cuadros o de notables, donde las definiciones ideológicas tienen escasa repercusión tanto en militantes como en votantes, y la participación se encuadra en intereses o hábitos adquiridos, sustentados en la confrontación interna de personalidades que representan a pequeños grupos locales o estatales.¹² Por ejemplo, las disputas electorales y los posteriores conflictos en municipios con predominio de población indígena y sin prácticamente propiedad privada, como los ocurridos en Ocotepec, Pantepec y Tapalapa, demuestran la escasa causalidad entre el denostado caciquismo de los pro-

¹¹ Racional porque la adhesión al dirigente o a su cuadro administrativo se apega a la ley. Véase también Duverger (1974).

¹² Las disputas en el ejercicio del poder constitucional local desde 1994 se han sucedido en diversas presidencias municipales, ya sea por divergencias supuestamente partidistas o por conflictos de intereses grupales. Seguramente el caso más conocido originado por tales divergencias fue el de Jitotol en el mandato de Dionicio Pérez Pérez (1997-2000); mientras que los conflictos de intereses generaron el de Tapilula durante el mandato de Fiacro Morales Gómez (1997-2000). En ambos casos los plantones en el municipio o en la capital del estado y las demandas al Congreso local se vieron reflejadas en la prensa local. Véase, especialmente, el periódico *Cuarto Poder* de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

pietarios de tierras y la conflictividad social y política; incorporan nuevos grupos de interés, o no tan nuevos en Chiapas, como son los representados por los profesores, así como ponen en duda el denominado modo tradicional indígena de resolver los conflictos a través de los usos y costumbres, de escasa relevancia entre los zoques chiapanecos.

Con respecto al segundo, la presencia cada vez más notable de la CIOAC habla de dos circunstancias singulares: una, ya mencionada al inicio, se refiere a la dinámica divergente de la región con respecto a los llamados (aunque no me agrada el término) “movimientos sociales” surgidos en Chiapas. Concretamente, la creación de organizaciones en el norte del estado, *a posteriori* del Congreso Indígena de 1974 y que en ocasiones convergen en la CIOAC,¹³ no se produjo en los municipios zoques hasta entrados los años noventa del siglo pasado. Es decir, la lejanía u olvido de los zoques, como indígenas chiapanecos, en el Congreso Indígena en cierta manera define su participación sociopolítica de las últimas tres décadas, sólo subsanada, en cuanto a militancia, en los años recientes. La otra se ejemplifica a través de la irrupción del neozapatismo en el escenario chiapaneco, aspecto que sí detona dos dinámicas presentes en la entidad chiapaneca y que, hasta entonces, habían hecho poca mella en los municipios de estudio. Me refiero a la presencia de organizaciones sociales ajenas al entonces partido de estado en la región, y a la presión sobre la tierra, especialmente a través de la invasión o toma de propiedades privadas. Ambas circunstancias son las abordadas en el siguiente apartado con mayor detenimiento.

La tierra como realidad y como problema¹⁴

Uno de los reiterados discursos que ha definido, y parece que lo sigue haciendo, la percepción de Chiapas desde el exterior de sus fronteras, e incluso desde el interior, es el que ubica a la tierra como el problema de su precaria situación socioeconómica, y como la solución si se logra un reparto equitativo de la misma entre los campesinos. Trabajos previos ya han insistido, con datos estadísticos y empíricos y, también, al deconstruir el discurso agrarista, sobre la falacia que el anterior análisis y la supuesta solución implican

¹³ Una apreciación crítica del papel de la CIOAC en la región que aglutinó el levantamiento neozapatista durante las tres últimas décadas puede observarse en el texto de A. García de León (2002:188-189).

¹⁴ Parte de la información expresada en este apartado procede de la Representación Especial de la Secretaría de la Reforma Agraria en Chiapas, facilitada por la licenciada Martha Cecilia Díaz Gordillo.

(Villafuerte *et al.*, 1999). De nuevo los datos remiten, para el caso chiapaneco, a una progresiva pulverización de la propiedad privada, en un tiempo (cada vez más lejano) preponderante en la entidad federativa. Antes al contrario, tal información asienta un acelerado proceso de minifundización y una presión constante sobre la tierra por parte de la población local (Villafuerte *et al.*, 1999).

No se describe nada nuevo al afirmar que uno de los resultados del movimiento neozapatista fue la emergencia de infinidad de organizaciones sociales, principalmente campesinas, que aprovecharon la coyuntura para plantear sus reivindicaciones, centradas en la mayoría de casos en la solicitud de tierra de cultivo. Tal dimensión reivindicativa estuvo aunada a la invasión de propiedades privadas en toda la geografía chiapaneca, hecho del que no fue ajena la región zoque aunque existan ciertas diferencias. Las principales se encuentran en el porcentaje de predios invadidos y en su superficie, en comparación con el resto de Chiapas. Es sabido que no todas las regiones chiapanecas tuvieron un mismo número de invasiones, ni que todas contaban para el periodo con similar distribución de propiedad privada (Villafuerte *et al.*, 1999); sin embargo, la comparación del número de predios invadidos, así como de las hectáreas afectadas con respecto a la entidad federativa muestra que fueron pocas las tierras con problemas y que las mismas se concentraron en los municipios de Jitotol, Rayón,¹⁵ Solosuchiapa, Tapilula, Tecpatán y Pichucalco. En todos los casos el porcentaje de tierras invadidas por predio remite a pequeñas propiedades, 76.5 ha en los municipios zoques —86.3 ha en el resto de Chiapas— y muestra una afectación escasa, también en cuanto a porcentaje, de la superficie privada invadida en hectáreas: 3.5% en los municipios zoques frente a un 8.5% en todo el territorio chiapaneco.

Estos datos adquieren otra relevancia si se establece una comparación entre la superficie de tierra que fue adquirida por el Estado mexicano, en los distintos programas activados para solventar el problema de las invasiones, y la superficie de propiedad privada que había en los municipios de estudio previa a tal compra. Dicha información ofrece las diferencias entre municipios de la misma región y las existentes, también, entre los municipios ejemplificados y Chiapas. Mientras que los datos de esta última comparación observan cómo la entidad chiapaneca aumenta la minifundización con respecto a la región zoque en más de cuatro puntos porcentuales, si se analizan

¹⁵ Algunos de los problemas de Rayón con vecinos tzotziles reaparecieron en 2003, cuando los ejidatarios de Rayón se quejaron ante las autoridades agrarias de tener invadidas 31 ha en el ejido San José Mujular, véase “Ponen ultimatum a Gobierno Estatal”, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, *Cuarto Poder*, 22 de julio de 2003 y “Agudiza problema agrario en Rayón”, 28 de julio de 2003.

ciertos municipios las divergencias son más notables. Algunos, como los casos de Coapilla y Jitotol, pierden más de 50% de la propiedad privada mayor de 5 ha, mientras que en otros disminuye a alrededor de 25%, como en Copainalá y Francisco León. A pesar de ello, las comparaciones son difíciles puesto que algunos municipios como Tecpatán, el que cuenta con mayor superficie adquirida de la región, ofrece un crecimiento del minifundio inferior a sus vecinos, especialmente porque su superficie de propiedad privada es muy elevada. Caso similar es el de Ostucán y, de forma más nítida, Pichucalco, al que poco afecta la tierra adquirida a las más de 50 000 ha de propiedad privada existentes.

Tanto a nivel de las invasiones de predios y su superficie como al de la adquisición de propiedades privadas en la región se aprecia una notable diferencia con el resto de Chiapas, aunque sería mejor decir con ciertas regiones. Fueron aproximadamente la mitad de predios invadidos en comparación con el territorio chiapaneco y, también, la superficie invadida representó casi 1/3 menos de la chiapaneca. Tal certeza se refleja en el porcentaje de minifundización, menor que el resto de Chiapas, y conduce a presentar un panorama donde ciertos municipios con propiedad privada resultaron poco afectados por invasiones y compras, así como otros muestran la tendencia a la pulverización de la propiedad privada, coincidente este último hecho con el ascenso de organizaciones sociales e, incluso, en algunos casos, con tensiones presentadas como políticas (Jitotol). Es decir, la minifundización se consolida a través de la creación de nuevos ejidos y la superficie promedio que cada ejidatario percibe, que no llega a las 5 ha. Igualmente, se observa cómo existe una coincidencia entre organizaciones campesinas beneficiadas y número de ejidos creados, además de precisar cómo la CIOAC es la preponderante, especialmente en la zona norte regentada por el municipio de Jitotol, cabecera política de la organización en la región.

Una de las afirmaciones más reiteradas por parte de propietarios de tierra e incluso de ejidatarios o comuneros de la región es que muchos de los invasores no fueron habitantes de la zona, o, si se prefiere, también la aseveración que no eran zoques. Hay algo de verdad en este sentir inicial de los habitantes de los municipios de estudio, aunque ello no excluye que la dinámica organizativa generada por la CIOAC, básicamente, se extendiera territorialmente, a reserva de conocer con precisión quiénes eran o no los invasores.¹⁶

¹⁶ Ya en el nuevo milenio todavía se produjeron intentos de supuestas invasiones por parte de campesinos de Rincón Chamula (Pueblo Nuevo Solistahuacán) en Tapilula, véase "Amenazan indígenas con invadir ranchos en Tapilula", Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, *Diario de Chiapas*, 26 de abril de 2002, p. 16; "Toman rancho y amenazan con invadir colegio", Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, *Cuarto Poder*, 26 de febrero de 2003, p. B12.

Tres aspectos son destacables respecto del papel de esta organización social en el territorio de estudio: el primero se refiere a su punto de referencia geográfico en la zona, Jitotol; el segundo a su crecimiento en los municipios con hablantes de zoque o históricamente zoques y, por último, a su papel social y activismo político.

No cabe duda que Jitotol, desde una perspectiva política, es un municipio más cercano a la dinámica de poblaciones con hablantes de tzotzil como Simojovel o Huitiupán, lugares donde el activismo en organizaciones sociales tiene una presencia desde los años setenta del siglo pasado. Esta circunstancia no impide que en Jitotol converja, por una parte, la experiencia en la militancia acumulada tras el Congreso Indígena en zonas indígenas mayances y, por la otra, la necesidad de expandir su actividad política en lo que ellos denominan zona norte de Chiapas, básicamente representada por los municipios zoques. De tal manera que al estar instalado el Comité Ejecutivo Regional de la CIOAC en dicho municipio y tras el levantamiento armado, se produce un notable incremento de su presencia en lugares que hasta entonces no vislumbraban más organización campesina que la Confederación Nacional Campesina (CNC).

Lo anterior conduce al segundo punto de interés, su crecimiento en pocos años. Las tomas de tierra, iniciadas por militantes con mayor antigüedad tras el levantamiento armado del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y procedentes de municipios no hablantes de zoque, empataron con los reclamos de los campesinos locales, aspecto que ha redundado en un notable crecimiento de la militancia y de la participación política regional. La coincidencia en las reivindicaciones agrarias y políticas ha sido un acicate para este aumento progresivo de su presencia, aunque su organización municipal haya sido tan desigual como la expuesta por uno de sus dirigentes en Tapilula.¹⁷ Sin embargo, la misma persona ofreció una serie de pautas para entender cómo se ha establecido el vínculo de buena parte de campesinos, que hasta entonces no militaban en ninguna organización, o que lo hacían de manera corporativa. En concreto se refirió a la construcción de un compromiso que haga frente a la injusticia social y, a la vez, a su relación con la necesidad de tomar el poder mediante la participación política en el PRD. Tal relación, sin embargo, no le impidió observar cómo, en buena medida, en muchos municipios esta relación entre PRD y CIOAC no madura o, en otros casos, se supedita la labor social a los comicios electorales.

A pesar de lo anterior, es evidente y perceptible en los municipios zoques que la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos se ha con-

¹⁷ Entrevista con José Mariano Hernández, Tapilula, 19 de septiembre de 2003.

vertido en un aglutinante de reivindicaciones agrarias, a la vez que cataliza una parte del voto opositor concentrado en el PRD.

El último aspecto a tratar remite a su activismo y a la confrontación que en ciertos municipios ha conllevado su presencia, desde la misma apreciación de la dirigencia. En concreto, Miguel González Hernández, presidente en julio del año 2003 del Comité Ejecutivo Regional en Jitotol señaló, en declaraciones a la prensa, que su militancia era perseguida y amenazada por los ayuntamientos panistas y priistas para evitar que “tengamos presencia en las elecciones del 2004”.¹⁸

Las confrontaciones más continuas, por supuesto, comenzaron tras la efervescencia política y social desatada por la aparición del EZLN aunque, como se afirmó en párrafos previos, los militantes de los municipios zoques se sumaron a una dinámica que era conocida en municipios vecinos tzotziles. Básicamente las confrontaciones se han producido con los ayuntamientos de la región y con los propietarios de tierras, aunque también existen entre ejidatarios y comuneros de diversa filiación organizativa.

Ejemplo del primer caso se aprecia en el municipio de Tapilula, donde el alcalde Gonzalo L. López Camacho (2001-2004), electo por el PAN, aunque su militancia siempre fue priista, vio cuestionadas constantemente sus acciones por los miembros del PRD, concretamente de la localidad donde la influencia de dicho partido y de la CIOAC es más visible, San Francisco Jaconá. Este enfrentamiento registró un muerto (Enrique García Chavarría) en el año 2002 e incesantes desencuentros entre las autoridades locales y las municipales.¹⁹ Por el contrario, un caso de confrontación entre campesinos es el protagonizado en el municipio de Pantepec, donde ejidatarios locales acusaron a militantes de la CIOAC de Rayón de invadir tierras del ejido Julián Grajales.²⁰

Estos breves ejemplos sirven para mostrar cómo municipios considerados durante años ajenos a la conflictividad social y agraria de Chiapas han

¹⁸ Véase Cinthya Vasconcelos, “Denuncian intimidación contra bases de CIOAC en municipios”, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, *Cuarto Poder*, 31 de julio de 2003, p. B3.

¹⁹ Por ejemplo, en junio de 2002 se produjo un enfrentamiento en la localidad de San Francisco Jaconá, porque los miembros del PRD se opusieron a que Santiago Juárez Villarreal fuera el agente municipal (entrevista con José Mariano Hernández, Tapilula, 19 de septiembre de 2003). Véase también M. Prado López, “Enfrentamiento en Tapilula”, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, *Diario de Chiapas*, 13 de junio de 2002 y “Zafarracho de perredistas y panistas por diferencias”, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, *Cuarto Poder*, 13 de junio de 2002, p. B14.

²⁰ Véase Perla Sibajá, “Ejidatarios exigen devolución de terrenos invadidos”, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, *Cuarto Poder*, 23 de agosto de 2003, p. B3; Yasmin Hernández, “Se agudiza caso de invasiones en ejido Julián Grajales”, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, *Cuarto Poder*, 6 de septiembre de 2003, p. B5; Yasmin Hernández, “Necesario atender demandas agrarias”, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, *Cuarto Poder*, 7 de septiembre de 2003, p. B3.

encontrado, a través de la participación de campesinos y transportistas, principalmente, en la CIOAC, un canal de militancia y protesta política. Protesta que el dirigente regional en Jitotol, Miguel González Hernández, ha seguido manifestando con respecto a la región donde es líder y al llamado rezago agrario: “Al gobierno del Estado le ha faltado visión para resolver los problemas de Chiapas, posiblemente es [*sic*] su momento no los vio como realmente eran”.²¹

Reflexiones finales

Los últimos diez años han significado para Chiapas, con toda certeza, los que han situado a este estado del sureste mexicano en la mira nacional e internacional, aunque ello no conlleve un mayor conocimiento sobre el vivir cotidiano de su población allende sus fronteras territoriales. La responsabilidad innegable de este hecho debe ser atribuida al EZLN, aunque su irrupción en la escena pública, sobre todo en los medios de comunicación, haya podido distorsionar el análisis de la realidad al punto de confundir la parte con el todo. “Los indígenas neozapatistas alzados en armas son los indígenas chiapanecos”, “el territorio selvático donde se encuentra su comandancia es todo Chiapas”, en fin, la imaginación humana es ilimitada en cuanto a dar opiniones y facilitar afirmaciones se trata, siempre que sirvan a alguna causa política considerada justa.

En esa coyuntura los hablantes de zoque chiapanecos, cada vez un porcentaje menor de la población total de Chiapas, han sido los olvidados del neozapatismo. Olvidados porque en muy pocas ocasiones aparecieron mencionados en comunicados signados por el subcomandante Marcos o por la comandancia del movimiento armado; olvidados porque no forman parte del mundo maya —al menos lingüísticamente no pertenecen a dicho tronco— que parece ser el elemento aglutinador de un movimiento indígena panregional; olvidados porque su ubicación geográfica y la manera en que han interactuado con las instituciones estatales no les ha facilitado la relación con proyectos de carácter político, proyectos que se enlazan con las propuestas que en torno a los indígenas, o con ellos a la cabeza, surgieron en Chiapas desde los años setenta del siglo pasado. Es decir, buena parte de lo ocurrido en la región zoque en los últimos años responde a dinámicas propias, aunque tam-

²¹ Véase Fernando Culebro, “Nulo avance de los problemas agrarios”, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, *Cuarto Poder*, 4 de enero de 2004, p. B3; véase también Sergio Granda, “Persiste el rezago agrario en Jitotol”, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, *Cuarto Poder*, 25 de mayo de 2004, p. B3.

bién es erróneo considerarlas aisladas del reflujo neozapatista de la última década.

Si algo llama la atención en el territorio de estudio, y lo seguirá haciendo, es la tzotzilización de los asentamientos humanos. ¿Hasta qué punto se puede continuar llamando zoques a municipios donde tal idioma no existe o está prácticamente desaparecido, mientras que el tzotzil ocupa su lugar? En este sentido, la discusión tenderá, en los próximos años, a centrarse en cómo se aprecia o decide el carácter indígena de individuos y de municipios, y de qué indígenas se habla dado el ejemplo que se presenta en la región: zoques o tzotziles. Hay que preguntarse cómo se abordará la definición étnica, si será a través de la historia regional, o de ciertas tradiciones lugareñas; se hará mediante la autodefinición de los vecinos o, simplemente, se establecerán ciertos criterios de indianidad para considerar el talante cultural o étnicamente definido de los sujetos de estudio. Realmente, esta gama de posibilidades habla, aunque cueste reconocerlo, de múltiples caminos a la hora de manifestar o entender las identificaciones de los habitantes de la región de estudio.

Considerar la anterior afirmación como correcta significa que estamos frente a una realidad que se subió al carro del neozapatismo en busca de oportunidades y formas de expresión que escasamente habían sido utilizadas hasta entonces entre los zoques. La región no aporta un movimiento armado, político, o muestra ciertas peculiaridades en la organización social antes del levantamiento, con la excepción de Jitotol. Es decir, si la dinámica poblacional y religiosa no cuenta con novedades previas, sí se debe hablar de innovaciones ligadas a la coyuntura que, desatada por el movimiento neozapatista, o tardíamente reflejo de los movimientos contestatarios en defensa de la pluralidad política, se produce en el país desde finales de la década de los ochenta del siglo pasado.

Se cuestiona el papel del neozapatismo en esta coyuntura de tránsito electoral, o de pluralidad política, debido a dos factores de constatación innegable. El primero es la indefinición, por no llamarla deserción, de la dirigencia del movimiento armado de la participación en los comicios electorales; el segundo, el impulso nacional, que ya se ha observado en el caso chiapaneco, hacia la diversificación de ofertas electorales y, por ende, de opciones políticas para los votantes, siempre que se tome en cuenta la definición que, en forma breve, se realizó en este texto del funcionamiento de los partidos políticos.

De tal suerte, se pueden hacer distingos entre la dinámica poblacional y religiosa, que no sufrió cambios drásticos en los últimos diez años —por el contrario, siguió la previamente establecida en la región—, y la política electoral, en la que se produjeron vaivenes propios de una pluralización de op-

ciones electorales, siempre ligadas a la política local chiapaneca, aunque no alejada de la propiamente mexicana. Ante tal circunstancia hay que cuestionarse si en vez de un reflejo de lo supuestamente acontecido gracias al levantamiento armado neozapatista, no se siguió la inercia política nacional según los datos electorales —y en el caso de la región zoque cada vez más parecidos a los chiapanecos—, frente a un comportamiento del EZLN errático e indefinido a la hora de acudir a las urnas (Viqueira y Sonnleitner, 2000).

A pesar de ello, si algo puede equipararse o, al menos relacionarse, con el levantamiento neozapatista es la reacción de las organizaciones emergentes ante el papel que adquirió la tierra. Los datos estadísticos muestran cómo no es la región con mayor número de invasiones, ni de compra de tierras de propiedad privada, aunque esta última tenga una presencia indiscutida en algunos municipios. Ello llama la atención sobre un aspecto que normalmente no ha sido tratado o abordado, es decir, cómo las literales propuestas del EZLN no coinciden, de manera necesaria, con los resultados perceptibles. Un ejemplo de ello es la migración hacia otros estados de la república o hacia Estados Unidos. Esta respuesta contradice la solución, tanto pensada por el EZLN y las organizaciones que aprovecharon la coyuntura surgida después de 1994, como por el Estado mexicano, en sus diversos programas de compra de tierra. ¿Qué pretendo afirmar? Simplemente que si el EZLN considera la tierra como parte de la cosmovisión indígena, fundamento de la futura sociedad propuesta —y sólo remito a los Acuerdos de San Andrés Larráinzar para ello—, resulta una contradicción que tras la compra de tierra por parte del gobierno mexicano, una vez llevados a cabo los acuerdos agrarios con las diferentes organizaciones campesinas, el resultado haya sido el aumento, de manera drástica, de la migración del campo hacia la ciudad o hacia Estados Unidos. La argumentación, por supuesto, puede ser que las instituciones estatales mexicanas, representantes del gobierno en turno, no cubrieron las expectativas y necesidades de los campesinos chiapanecos, especialmente indígenas, en cuanto a la tierra. El silogismo sería erróneo si se percibe que en lugares donde las compras de tierra fueron más abundantes, donde la minifundización creció, no existen diferencias en el flujo de migración. Lo que se demuestra, aunque no se quiera percibir por muchos analistas, es que las vías de solución a la problemática del campo solicitadas por los campesinos y sus organizaciones, incluido el EZLN, así como las ofrecidas por el gobierno mexicano, no respondieron a los problemas estructurales del agro chiapaneco, o del sector productivo en general, puesto que la migración fuera de las fronteras mexicanas, en el lapso de diez años, se ha convertido en la preferente opción de trabajo, en la solución para obtener recursos en forma de divisas que ingresan a los municipios chiapanecos, muchos de los cuales son indígenas.

De esta forma, se puede entender que los diez últimos años significan en la región, por una parte, un ajuste político cierto, con una creciente presencia de la CIOAC, que encabeza las reivindicaciones agrarias, pero también de otra índole como son los reclamos de los transportistas regionales en pos de concesiones legales; una diversificación de ofertas políticas, en forma de partidos o coaliciones, al mismo tiempo que los claros nexos entre algunas familias y grupos de presión con cierto partido político —el PRI— observan replanteamientos o desencuentros, motivados por la mayor presión de sectores que hasta hace pocos años no tenían acceso a puestos de representación popular, como los profesores. Por otra parte, desde la perspectiva económica, la minifundización, menor que en otras regiones del estado de Chiapas, no resuelve los problemas estructurales de una región afectada desde hace varios lustros por la endémica crisis del café y con producción alternativa escasa, sobre todo porque la ganadería ha sido durante años el gran foco de crecimiento económico de los municipios. No es de extrañar, por lo tanto, que estos tres factores converjan para impulsar una dinámica que ya era conocida con anterioridad, la de la emigración, aunque ahora acrecentada mediante el atractivo que significa Estados Unidos de Norteamérica.

Para finalizar, una breve reflexión sobre el carácter indígena de algunos de los municipios de estudio. Ya arriba se señalaron elementos para la discusión futura, pero es adecuado volver a insistir que los últimos diez años confirman la tendencia que prevé un cambio de hablantes de idioma indígena en la región, al igual que presenta un crecimiento de los discursos culturalistas zoques que asumen reivindicaciones políticas con matices culturales, dirigidos casi siempre por profesores. Este hecho, sin ser novedoso, sí adquirió nuevos bríos a partir de 1994, aunque su devenir dependerá, en buena medida, de situaciones de carácter nacional más que regional. En definitiva, en algún momento habrá que discutir de manera abierta, sin prejuicios políticos, raciales o de cualquier índole, el tema de la etnicidad en relación a la construcción política del Estado mexicano. Parece un tema en la palestra pero con poco sustento empírico y teórico en su discusión, por lo que reaparece y desaparece en ciertas coyunturas sin que se logren definiciones. Los zoques aportan la suficiente complejidad social para abordar el tema, ojalá sean un ejemplo en esas futuras y deseadas discusiones.

Recibido: mayo, 2005

Revisado: septiembre, 2006

Correspondencia: PROIMMSE-IIA-UNAM/Calle Cuauhtémoc, 12/29200/San Cristóbal de Las Casas, Chiapas/México/tel.: 9676781491 9676782891/fax.: 9676780631/correo electrónico: mlisbona@servidor.unam.mx

Información censal

XI Censo General de Población y Vivienda 1990. Resultados Definitivos, INEGI, Aguascalientes, 1992.

XII Censo General de Población y Vivienda 2000. Principales Resultados por Localidad (Chiapas), INEGI, Aguascalientes, 2001.

Bibliografía

- Aramoni, Dolores (1992), *Los refugios de lo sagrado. Religiosidad, conflicto y resistencia entre los zoques de Chiapas*, México, CNCA.
- Barth, Frederik (comp.) (1976), *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*, México, FCE.
- De la Cerda, Roberto (1940), "Los Zoque", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. II, núm. 4, pp. 61-96.
- Duverger, Maurice (1974), *Los partidos políticos*, México, FCE.
- García de León, Antonio (2002), *Fronteras interiores. Chiapas: una modernidad particular*, México, Océano.
- Kaufman, Terrence S. (1964), *Diachronie Studies in Mixe-Zoquean*, Pittsburgh, Universidad de Pittsburgh (manuscrito).
- Lisbona Guillén, Miguel (2004), *¿Sacrificio y castigo entre los zoques de Chiapas. Cargos, intercambios y enredos étnicos en Tapilula*, México, PROIMMSE y UNAM.
- (2002), "La consolidación de la propiedad privada y la élite política en el territorio zoque. El caso de Tapilula", *Pueblos y Fronteras*, núm. 4, pp. 31-50.
- (2000), *En tierra zoque. Ensayos para leer una cultura*, Tuxtla Gutiérrez, CONACULTA.
- Reyes, Laureano (2002), *Envejecer en Chiapas. Etnogerontología zoque*, México, PROIMMSE-UNAM y UNACH.
- Rivera, Carolina (1993), *La religiosidad en los zoques de Chiapas. El sistema de cargos y la organización ceremonial en San Fernando*, San Cristóbal de las Casas, UNACH, tesis de licenciatura.
- Sonnleitner, Willibald (2000), "Promesas y desencantos de una democratización electoral incipiente pero inacabada (1991-1998)", en Juan Pedro Viqueira y Willibald Sonnleitner (coords.), *Democracia en tierras indígenas. Las elecciones en Los Altos de Chiapas (1991-1998)*, México, CIESAS, El Colegio de México e IFE, pp. 107-208.
- Thomas, Norman D. (1974a), *Envidia, brujería y organización ceremonial. Un pueblo zoque*, México, SEP.
- (1974b), *The Linguistic, Geographic, and Demographic Position of the Zoque of Southern Mexico*, Provo (Utah), Brigham Young University (New World Archaeological Foundation, paper thirty-six).
- (1971), "Demografía y distribución moderna de los zoques", *ICACH*, 2a. época, núms. 2-3, pp. 39-49.

- (1970), “La posición lingüística y geográfica de los indios zoques”, *ICACH*, 2a. época, núm. 1, pp. 15-39.
- Villa Rojas, Alfonso, José M. Velasco Toro, F. Báez-Jorge, F. Córdoba Olivares y Norman D. Thomas (1990) [1975], *Los zoques de Chiapas*, México, CNCA e INI.
- Villafuerte, Daniel, Salvador Meza, Jesús Morales, María del Carmen García, Carolina Rivera, Miguel Lisbona y Gabriel Ascencio (1999), *La tierra en Chiapas. Viejos problemas nuevos*, México, Plaza y Valdés y UNICACH.
- Villasana, Susana (2002), *Sociodemografía de la familia. Estudio de la adscripción religiosa de las familias zoques de Tapalapa, Chiapas, 1985-1997*, México, IEI y UNACH.
- Viqueira, Juan Pedro (1997), *Cronotopología de una región rebelde. La construcción histórica de los espacios sociales en la Alcaldía Mayor de Chiapas (1520-1720)*, París, EHESS, tesis de doctorado.
- (1995a), “Los límites del mestizaje cultural en Chiapas”, *América Indígena*, vol. LV, núm. 1-2, pp. 279-303.
- (1995b), “Chiapas y sus regiones”, en J. P. Viqueira y Mario Humberto Ruz (eds.), *Chiapas. Los rumbos de otra historia*, México, UNAM, CIESAS, CEMCA y U. de G., pp. 19-40.
- Viqueira, Juan Pedro y Willibald Sonnleitner (coords.) (2000), *Democracia en tierras indígenas. Las elecciones en Los Altos de Chiapas (1991-1998)*, México, CIESAS, El Colegio de México e IFE.
- Weber, Max (1984), *Economía y sociedad*, México, FCE.
- Wichmann, Soren (1995), *The Relationship among the Mix-Zoque Languages of Mexico*, Salt Lake City, University of Utah Press.